

Nota Bibliográfica.—Este libro se imprimió por vez primera á mediados del año de 1895, en la *Imprenta Guttemberg*, de Miguel Terrazas. Constaba el ejemplar de 72 páginas impresas á cinco tintas: de lila, dorada, roja, azul y negra, en papel *Melrose*. Tiráronse sólo 120 ejemplares numerados, que el autor destinaba exclusivamente á sus amigos.



## DEDICATORIA.

A MI MADRE.

**P**ARA quién han de ser estas canciones,  
Que en el fondo del alma yo tenía,  
Ecos de amor, pedazos de ilusiones,  
Y de quién sino tuyas, madre mía?  
Ora, calzando lívido coturno,  
Quise pintar del alma tempestades,  
Ora, tañendo el arpa de Elio Turno,  
Los cantos repetir de otras edades;  
Puse el principio de moral severo  
De mis novelas en la tosca urdimbre,  
Como nardos coloca el jardinero  
En capastillos de ligera mimbre,

Así he visto mis años deslizarse,  
Tal vez poeta no, mas sí cristiano,  
Como cruzan los cisnes sin mancharse  
En rizos mil las aguas del pantano.

Dios fué mi luz, que á amarle y á temerle  
Tú me enseñaste buena y delicada:  
Y así puedo mi péñola ofrecerle,  
Oscura, mas verídica y honrada.

Mi pluma y mi laúd se consagraron  
A muchas gentes, de mi afecto en prenda,  
Pues muchos en verdad dulcificaron  
De mi tranquila juventud la senda.

Mas para tí, del alma á lo más hondo  
Desciendo, sus tesoros á cogerla,  
Como bajan los buzos hasta el fondo  
Del piélago á arrancar la madreperla.

Pues, hace tiempo, ya quiero ofrecerte  
Un regalo de amor del alma mía,  
Antes, oh madre, que la negra muerte  
Cierre tus ojos á la luz del día.

De este libro en las páginas secretas  
Lo mejor te guardé del llanto mío,  
Cual juntan en su cáliz las violetas  
De la mañana el diáfano rocío.

El perfume también, que huele á rosa  
E incienso, de mis horas más felices  
Percibirás allá cuando amorosa  
Por sus renglones tu mirar deslices.

Quiero que guardes esta poesía,  
Que contiene de mi alma cien pedazos;  
Y, cuando te amortajen, madre mía,  
La coloquen en medio de tus brazos.

Y en los brazos esté, que me mecieron,  
Esté en tus brazos, como fiel amigo,

Y en los pechos que amantes me nutrieron,  
Porque es mi corazón, que va contigo.

Este será de cuanto verso escriba  
El mejor libro y la mayor historia:  
En él mi gloria terrenal estriba,  
Porque es mi amor filial mi única gloria.

Y si placiere á Dios, cuando yo muera,  
Que mis párpados toque amiga mano,  
Que este libro pusiesen yo quisiera  
Con la cruz en mi pecho de cristiano.

Y si está decretado que algo mío  
Sobreviva en la fama por ventura,  
Este libro será, yo te lo fío,  
Porque es del corazón la esencia pura.

Mas si no salva la gloriosa meta,  
Que diga el mundo, en olvidado prolijo:  
"Es la obra infeliz de un mal poeta,  
Pero es en cambio el libro de un buen hijo."

Como una barca en festival risueño  
De flores llena y ricas banderolas,  
Irá mi libro, en méritos pequeño,  
Buscando amigos, á surcar las olas.

Y si al olvido su tributo paga,  
Poco después nadando bullidores  
Indicarán el sitio en que naufraga  
Copos de espuma y pétalos de flores.

## VOCES INTERIORES.

Esa es la misma voz, la he escuchado  
Cien y cien veces en el alma mía;  
Mas perdona, Señor, si no he acatado  
Lo que dice esa voz, no lo entendía.

¿Qué voz? No sé decir cómo resuena,  
Ni repetir lo que en silencio dice;  
Sólo sé que á momentos me condena,  
Porque algo me ha mandado y no lo hice.

¿Sabéis cuándo la escucho? Cuando miro  
La belleza dispersa en este mundo,  
Cuando el olor de la belleza aspiro,  
Y en alcanzarla mi ventura fundo.

Cuando radia su luz serena y pura,  
Que al tierno corazón despierta y llama,  
Y mira el corazón á la hermosura,  
Que su eterno derecho le reclama.

Si flores miro en la floresta umbría  
Abrirse á los albores matinales  
Y vestir tanta pompa para un día,  
Cuando anhelo que fueran inmortales;

Entonces: cuando escucho los acentos  
De la dulce avecilla pasajera,  
Que mañana otra tierra y otros vientos  
Ha de halagar quizá, cuando no muera;

Cuando el celaje desteñirse veo,  
Tocando de oro el cerro de occidente,  
Así como la lumbre de un deseo  
También se apaga en mi voluble mente;

Entonces: cuando cruzó peregrino  
Una y otra ciudad á gran distancia,  
Y en una y otra su licor divino  
¡Ay! en mi cáliz la amistad escancia;  
Y encuentro aquí y allá seres amables,  
Séres, que me aman, y ausentarme es fuerza,  
Y no es posible, ¡arcanos formidables!  
Que nuestra vida su corriente fuerza;  
Cuando quiere juntar el alma loca  
Todo lo que ama en un lugar bendito,  
Poseer cuanto mira y cuanto toca  
Y formarse su cielo, su infinito.

¿Qué es lo que pasa en mí? Siente mi pecho  
Ambición colosal, hondo vacío,  
Regocijo y tristeza, cruel despecho  
Y alas, que brotan en el pecho mío.

Es que entonces pretende mi deseo  
Recoger en la dicha sosegada  
Cuanto de amable he visto y no poseo,  
¡Oh! mi herencia de amor, que está regada.

Y esas ansias del alma, ese vacío,  
En que se pierde mi ánimo amoroso,  
Y esa eterna ambición, que me da frío,  
Porque me empuja á un mundo misterioso;

Y aquella languidez, en que concentro  
Las ansias impotentes, que me enlazan,  
Y ese sentir del corazón adentro  
Alas, que por volar se despedazan.

Todo eso, que mi espíritu padece,  
Cuando huye la belleza voladora,  
Es la voz, que en mi seno se estremece  
Y acabo de entender tan sólo ahora:

Es el tu acento, oh Dios, que á tí me llama  
Dichoso ya mi espíritu entendiólo,

Que una voz tan potente, que así clama,  
¿Quién otro puede articular? Tú sólo.

Es tu voz, que en mi espíritu descifra  
El misterio de todos mis deseos,  
Y, aclarando el borrón, deja la cifra,  
Que ocultaban pueriles devaneos.

Es tu cifra divina, en mí estampada  
Con el fuego de amor de tu alta esencia  
El día, en que sacaste de la nada  
Mi pobrecillo sér á la existencia.

Sí, cuando busco con afán inmenso  
Las prendas de mi amor para juntarlas,  
Es que te busco á tí; mas no lo pienso  
Y por eso jamás pude encontrarlas.

Ardiendo sin saber de sed divina  
¡Ay! te buscaba el corazón, Dios mío,  
Como el ciervo la fuente cristalina  
En las noches serenas del Estío.

Porque sólo en tí halla el anhelante  
Pecho ya junto cuanto amor pudiera  
Y el foco de belleza rutilante,  
Que vió en sus rayos colorir la esfera.

Tú eres el Hacedor, y en tí alcanzamos  
El tipo de beldad dulce y secreto,  
De que no son los seres que adoramos  
Sino sombra inferior, débil boceto.

Esa vida sin muerte al alma ofreces,  
Que una vez y otra vez yo ambicionaba,  
Sí, revolviendo del dolor las heces,  
La muerte de pavor me circundaba.

Y mi carne también, mi carne inquieta  
Te ha buscado, Señor, siempre te busca,  
Cuando palpita á la pasión sujeta  
Y en turbios giros mi razón ofusca;

Cuando en los brazos del dolor tremendo  
Se retuerce convulsa, ella se afana  
Por lograr el placer, vida pidiendo  
Una vida tranquila y soberana;

No el placer, que da el mal, placer fingido,  
Porque ese lo agota y no la sacia;  
Sino los goces del Edén perdido,  
Que la carne vendió por su desgracia.

Ora á gozar volando se apresuren  
Mi espíritu y mi carne corrompida,  
Ora el ajeno del pesar apuren,  
A Tí te buscan manantial de vida.

Tales son mi grandeza y mi miseria  
Que el ansia de las dos no se equilibra;  
Y á armonizar mi espíritu y materia  
Tu voz de trueno legislando vibra.

Es la voz, que escuché: vuelo á alcanzarte,  
Oh suprema ambición del alma casta;  
Porque eres tú de mi heredad la parte,  
Porque eres lo infinito y . . . eso basta.

Ya que te he sentido entre las nieblas,  
Y la sed comprendí del bien divino,  
Guía á mi alma, luz en las tinieblas:  
Señor, que no se pierda en el camino.

Querétaro, 16 de Julio de 1894.

### ¿POR QUÉ?

(En la muerte de mi única hermana Ana María.)

¿Por qué el Señor te arrebató del mundo  
Al arribar la juventud florida,

Del Fondo del Alma.—2

Capullo del rosal, que me dió vida,  
Hermana de mi pobre corazón?

¿Qué fué? ¿qué fué? Si mi atrevido labio  
Interroga con bárbara insistencia  
De Dios á la secreta providencia,  
Tú allá en el cielo pídele perdón.

Pero ¡ay! sobre el abismo de la vida  
Mi desdichado espíritu pendiente  
Aún el frío pavoroso siente  
De aquel momento, que te vió partir;

Y preguntas al cielo dirigidas,  
Aún contra el querer de mi albedrío,  
Se suelen escapar del pecho mío,  
Entrecortando altivas mi gemir.

Pues ¡ay! desde tu muerte soy muy otro;  
Sé que á mi corazón algo le falta,  
Y, cual pez en la red, se agita y salta  
Buscando aquel pedazo, que perdió.

Y en su convulsa agitación no es raro  
Que me conduzca á extremos de demencia,  
Y escudriñe la altísima sentencia  
Del alto juicio, que el Señor dictó.

Pues mecidos los dos en una cuna,  
Los dos nutridos á los mismos pechos,  
De índole semejante los dos hechos,  
Los dos ardiendo de virtuosa sed,

Creímos que el Señor al animarnos  
De su alto amor con ósculos gemelos,  
Esta voz pronunció desde los cielos:  
“Juntos el yermo terrenal corred.”

Y todo á la verdad lo persuadía:  
Mi amor fué tu querer, tu afán mi anhelo,  
Tu goce mi placer, mi paz tu cielo:  
¡Ay! si fuimos dos chorros de un raudal.

¿No desde la niñez nos acogimos  
De la piedad bajo las tibias plumas,  
Del mar del mundo huyendo las espumas,  
Que urde en la playa conchas y coral?

Ahí ese templo aún es mi testigo;  
De tus rodillas él copió la huella  
Junto á mi sitio, y su techumbre bella  
Oyó mi rezo y tu plegaria oyó.

Y en horas tristes y horas de alegría  
Con esperanza en él nos refugiamos,  
Y el Cuerpo del Señor en él tomamos,  
Cuando á nosotros descender gustó.

Sola creciste en virginal retiro;  
Ni un libro, ni una escuela, ni una amiga  
Tender pudieron seductora liga  
A tu inocencia, niña angelical.

Y jamás de mundanas diversiones,  
Del circo, la tertulia ó el sarao  
Tocarte pudo el pestilente vaho,  
Ni de un teatro el manchador umbral.

Ni de sedas, de joyas y de plumas  
Mis amorosos padres te vistieron,  
Ni en tus entrañas encender pudieron  
De vanidad el fuego asolador.

Yo tu maestro fuí, tu solo amigo,  
Y, tus arcanos conociendo á fondo,  
De tu inocencia y tu humildad respondo  
Con voz sincera, en nombre del honor.

Y ¿si es la muerte pena de las culpas,  
Y si Dios la apresura justiciero  
Para tronchar el árbol altanero,  
Que nunca frutos en el huerto da;

¿Por qué, mi niña, del hogar te roba  
Y siega en flor tu cándida existencia,

Y deja en esta vida mi conciencia,  
Arbol estéril, que muy cerca está?

.....  
Te vió en mi hogar como en cerrada concha.

De vivo tornasol iluminada  
Y habló desde su esplendida morada:

"Esa perla tan sólo es para mí."

"Nadie la toque: el zéfiro más ténue  
"Que se atreva á llegar hasta sus galas  
"De hermosura y virtud, pierda la alas;  
"Que sólo yo la arrancaré de ahí."

Y entre nubes de llanto evaporado  
Baja á mi casa su invisible diestra,  
Y te arrebató de la dicha nuestra  
Y nos dejó profunda soledad.

Y la ola amarga penetró al instante  
Al seno de la concha ya vacía:  
Llovió sobre mi casa noche y día  
De lágrimas copiosa tempestad.

Y ¡eras perla en verdad! Mas ¡ay! se forma  
La margarita de la mar salobre,  
Para que viso y bien oriente cobre  
Debe crecer en medio de amargor.

Y tú creciste en hórrida amargura;  
De tu vivir las quince primaveras  
Todas vinieron con miradas fieras,  
Nadando entre las ondas del dolor.

Cuando ibas á nacer ¡con qué alborozo  
Mi madre y sus amigas te esperaban!  
Animosas festejos aprestaban,  
Como las aves al venir la luz.

Y por designio celestial naciste,  
En Mayo, por hermana de las flores,  
Y porque un laberinto de dolores

Era tu sino, el d.a de la Cruz.

Cuando eras niña, golpes de fortuna  
De súbito mi casa empobrecieron:  
Y así como ayos á tomar vinieron  
Tu cuna la Pobreza y el Pesar.

Y cuando exuberante adolescencia  
Rompió de tu belleza la clausura,  
Vino corriendo en pos de la hermosura  
La miseria, tus gracias á ocultar.

¡Ay! ¡qué de veces el calzado roto  
Mal encubrió tus pies, que merecieran  
Que doradas sandalias los ciñeran  
O las fulgentes cáligas de un rey!

¡Vistiendo el delicado cuerpecito  
Las burdas telas cómo contrastaron,  
Si rostro de princesa te formaron  
Los altos c'elos por oculta ley!

Y ¡que de veces, si al hogar volvía,  
Junto al hogar desierto y apagado  
Tú silenciosa, de mi madre al lado  
Estabas en tristísimo ademán!

Y en reprimir el llanto te esforzabas,  
Cuyo cristal los ojos te envolvía,  
Porque llegaba á la mitad el día  
Y á tus hermanos les faltaba el pan.

Otras veces heroica dominando  
La vergüenza infantil, con honda pena,  
¡Ay! tú imploraste la merced agena,  
Cuando eras digna de real merced.

¡Qué pan más grato el pan de aquellos días!  
Que de mi madre y tuyos los afanes  
Lograron ¡oh! multiplicar los panes,  
Y vuestro llanto nos calmó la sed.

Azucena de Abril, ¡cómo floreces

En medio, así, de protectora zarza!  
 ¡Cómo en el oro de tu pecho engarza  
 Dios, una á una, perlas de virtud!

Quema lamiendo el borde de la taza  
 La llama de la lámpara en el templo:  
 De tu bondad el encendido ejemplo  
 Llenaba de fervor mi juventud.

Fué tu sólo placer en este mundo  
 Ir al templo conmigo, cuando el día  
 En rieles de oro y púrpura teñía  
 De la redonda cúpula el cristal.

Allí escuchaste voces misteriosas  
 Y asegurabas el mayor tesoro,  
 En tus alas cubriendo el polvo de oro  
 De la oración riquísimo el fanal.

Y Dios que cría mártires, mirando  
 Tu alma feliz, que de candor abunda,  
 Como marfil antiguo rubicunda  
 Y mucho más hermosa que el zafir,

En el reloj pequeño de tu vida  
 Hizo rodar la postrimer arena  
 Y con voz dijo, que la mar serena:  
 "Ana María, es hora de partir."

¡Cuán bueno es Dios! Yo beso agradecido  
 Entre la nube de mi llanto blanca  
 La mano, que te eleva, aunque me arranca  
 Pedazos de mi indócil corazón.

Y á su decreto me confundo y lloro,  
 Le doy de ofrenda mi copioso llanto,  
 Y de alabanza le dirijo un canto  
 Del caer de mis lágrimas al són,

## AL OLVIDO.

Olvido, negro olvido,  
 Del alma noche densa,  
 Borra tu cauda inmesa  
 Aun la memoria del perdido bien.  
 Del corazón herido  
 Las llagas cicatrizas  
 Y la pasión suavizas,  
 Bálsamo grato del dolor también.  
 Como inclinado río  
 En tu corriente el barro,  
 Las juncias y el guijarro,  
 Que el cauce obstruyen, llevas jugueteón;  
 Pero también impío  
 Arrastras y despojas  
 Las flores y las hojas,  
 Que adorno y gracia de la margen son.  
 No sé si aborrecerte,  
 O si adorarte ignoro;  
 Te busco cuando lloro  
 Y te abomino en horas de placer.  
 Quisiera deshacerte  
 Cuando mi dicha enturbias;  
 O entre tus ondas turbias  
 Mis lágrimas quisiera disolver.  
 Tú las llagas inmensas  
 De la injuria marchitas;  
 Pero también nos quitas  
 El divino placer de perdonar;  
 Olvidar las ofensas

Es noble entre las gentes ;  
 Teniéndolas presentes,  
 Es ya divino al enemigo amar.  
 Tú, de la muerte hermano,  
 Su destrucción secundas,  
 Y de tiniebla inundas,  
 Hasta el nombre feliz del bien que fué.  
 Ocultas inhumano  
 Los hombres y ciudades,  
 Disipas las edades  
 Cual tamo de los vientos á mercé.  
 Engendro de la nada,  
 Los mundos brilladores  
 De ensueños y de amores  
 Sumerges en el seno del caos.  
 Tu noche desplegada  
 Circuye el alma mía,  
 Como la nada umbria  
 Rodea el mundo, que formara Dios.  
 El corazón sería  
 La hez de la inconstancia,  
 Si tu revuelta estancia  
 El fuera siempre, olvido destructor ;  
 Por tí se extinguiría  
 El fuego, en que yo ardo,  
 La lámpara que guardo  
 A las finadas prendas de mi amor.  
 Si es olvidar mi suerte  
 A mi bendita hermana  
 Y aquella turba ufana  
 De seres, que llenó mi juventud ;  
 Ven pronto, ven, oh muerte  
 Y en la inclinada senda  
 Detenme, y yo descienda,

De recuerdos henchido, al ataud.  
 Antes que suene la hora  
 Del olvidar siniestra,  
 Pare tu helada diestra  
 El péndulo temible del reló.  
 Ven, oye, destructora ;  
 Obedece, altanera,  
 Haz lo que digo, fiera,  
 De Cristo en nombre te conjuro yo.

Diciembre de 1894.

## DESPUES DE COMULGAR.

(Fantasía.)

Ven pronto, ven á mí, dulce Ana mía,  
 Unica hermana, que á mi torno acuden  
 Angeles mil, risueños de alegría  
 Las alas candidísimas sacuden.  
 Mira éste, que á mi brazo  
 Se arrima, como niño temeroso,  
 Que abrigo busca en el materno abrazo.  
 Su vestido es de nieve y vaporoso,  
 Y su cabello airoso  
 Sujeto por espléndida diadema.  
 Aquel, que lleva al pecho  
 Un solecito, de su amor emblema,  
 Yo sé que tiene el corazón deshecho  
 En vivas llamas bajo el peto estrecho.

Del Fondo del ama.—3



¿No percibes á aquel, que complacido  
 En sus alas, de amor revolotea,  
 Y ya sube, ya baja entretenido?  
 Ese me acarició cuando gustaba  
 Yo el Cuerpo del Señor, eualtecido  
 Con labio indigno al pie de los altares,  
 Cuando, al son de los místicos cantares,  
 Diluyendo en el éter tan inmenso  
 Su blanda nube, lánguido se alzaba  
 Del brasero versátil el incienso,  
 Y á la cúpula altiva  
 Penetraba del sol la lumbre viva.

Y ¿tú quien eres que la mano tierna  
 En mi cabeza pones cariñoso?

¡Ah! tú en la lucha del pecado interna  
 Sostuviste mi cuerpo fatigoso.

¡Cuán dulce, cuán sabroso  
 El beso, que en mi mente fomenta da  
 De la íntima inquietud, fijaste un día!  
 Y ¡cuán dulce tu plácida mirada!  
 Este, que apoya la su mano pía,  
 De incienso perfumada, en mi hombro impuro,  
 Y en él reclina su cabeza hermosa,  
 Este de traje oscuro  
 Y en vez de plumas pétalos de rosa,  
 Es quien al lado de mi sacra lira  
 Atiende con mirada cautelosa;  
 Y la vedada cuerda,  
 Que ya intentada mira,  
 Con alba mano férvido retira.

¿Los ves? hermana. ¿Ves sus leves giros?  
 Y ¿cuando á alguna tentación yo cedo  
 (Ingrato al fin) escuchas sus suspiros?  
 Dos lágrimas no puedo

Contener en mis párpados quemosos.  
 Espíritus hermosos,  
 Caras mitades de mi dulce vida,  
 ¡Cuán buenos sois! ¡Lo ves? Ana querida.  
 El Cristo divo, nuestro dulce hermano  
 Los manda á todos. Mi alma agradecida  
 De amor no cabe en el recodo insano  
 Del cuerpo vil: de calabozo humano  
 El alma está ceñida  
 Y apetezco qué llegue su partida.

Esos labios, que miras, reteñidos  
 Como el coral, que de la mar ignota  
 Vimos sacar á buzos atrevidos,  
 La sien besaron y la espina rota,  
 La sien ya sosegada  
 Y la glacial sangrienta cabellera  
 Del Ungido. También al ser besada  
 Ungió esos labios sangre congelada,  
 Sangre, que luego ungió  
 Tu ánima bella y á la par la mía.

Espíritus angélicos, llegaos,  
 Que ya morir me siento, el ansia fiera  
 Me cierra el pecho; raudos acercaos;  
 Mi corazón sus golpes acelera  
 Y ya mi mano fría

El arpa asir no puede. Ana María  
 ¡Adiós! Del otro mundo en la ribera  
 Quizá nos uniremos algún día.

Mas, rápida no llega aquesa hora.  
 Débil envano voy por lo extendida  
 Cuesta mortal, sin pluma voladora,  
 En pos de santa y venturosa vida:  
 La antorcha no se apaga,  
 Si Dios no quiere, al huracán tendida;

Mas ¿qué me importa la azarosa vida,  
Si es cielo al fin del corazón la llaga?

Angel feliz, el de morada veste,  
Que en oro recamó poder celeste,  
Tú en noche melancólica y tranquila  
A Jesús combatido rudamente  
En el opaco huerto,  
Do sólo se escuchaba mansamente  
El rumor de los árboles incierto,  
Confortaste en su trémula agonía:  
De la angélica turba prontamente  
Surge en mi ayuda con divino acierto,  
Cuando ya, ya la muerte torpe y fría  
Cierre mis ojos á la luz del día.

Septiembre de 1868

### CARTA PARA EL CIELO.

Cristo Jesús, *Rabbi* del alma mía,  
Hoy de tu Padre en la perenne gloria  
Oye los rasgos de mi pobre historia,  
Que el atrevido de mi amor te envía.

Soy de los tuyos, y jamás negarte  
Supo mi labio, ni tembló mi pecho,  
Hijo de Dios, Maestro, al confesarte;  
Y en los palacios del saber y el arte  
Me sentí con tu nombre satisfecho.

Ya de mi infancia en los ensueños vagos  
Tu belleza la mente columbraba

Y presintiendo, el corazón saltaba,  
De tu divino soplo los halagos.

Entonces, esquivando á mis iguales,  
Extático gastaba largas horas  
En escuchar las voces celestiales  
De selvas, nidos, aire, manantiales,  
Torrentes y lagunas tembladoras.

Y al oír la cadencia de una fuente,  
La voz del aura, el trino de las aves,  
De la tormenta los mugidos graves,  
El rugir de las fieras y el doliente  
Rumor, que forma, cuando muere el día,  
El lago con sus olas y espadañas;  
En mi inocente candidez creía  
Que un algo dicen, y mi afán crecía  
Por entender sus cláusulas extrañas.

O ya miraba absorto, embebecido,  
De un árbol hueco ó de olorosa gruta  
Manar el agua, y por la fija ruta  
Tender el curso, nunca interrumpido.

Y el giro eterno de la gota clara,  
Que cae y leve sin cesar voltea,  
Y, corriendo á la mar nunca se pára,  
Pudo hacer que mi mente presagiara  
De lo infinito la sublime idea.

O ya, en los cielos el mirar fijando,  
Lo inmenso descubrir imaginaba;  
Y en contemplar las nubes me arrobaba,  
Su incógnito destino averiguando.

Y en la insondable oscuridad, que el ojo  
Miraba acaso en el zenit profundo,  
Y en las nubes pintadas de oro y rojo  
Tenía mi alma el soñador antojo  
De leer los misterios de otro mundo.

Y de un espejo á veces en presencia,  
Si veía mi imagen por fortuna,  
Le interrogaba á su brillante luna  
El porqué de mi vida y mi existencia.

Y no pudiendo comprender yo mismo  
¡Ay! los arcanos de mi sér, quería  
Salir de mí con loco paroxismo.  
Tú me diste la llave del abismo,  
La fe, que los misterios me abriría,

En esa edad mi madre ¡qué de veces  
Tu amargo fin me relató piadosa!  
Y ví tu cruz erguida y espantosa  
Y el cáliz apurado hasta las heces.

Mis infantiles lágrimas corrieron,  
Mirra del alma para tí; tus penas  
Mi corazón de niño estremecieron,  
Y para templo del dolor ungiéron  
Todo mi ser con sangre de tus venas.

Llegó la juventud batiendo palmas,  
De amor y vida con radioso lujo,  
La alegre juventud, á cuyo influjo  
Ves florecer los cuerpos y las almas:

Las tiendas del amor, donde la hermosa  
Troncha al Asirio la soberbia nuca,  
Huí con miedo, y la mansión dichosa  
Busqué donde tu ciencia cariñosa  
A los electos del santuario educa.

Y de entusiasmo juvenil henchido  
Viví de goces castos y serenos;  
Lejos oí repercutir los truenos  
Y el ay de tanto corazón herido:

Ciencia y arte benignos me impartían,  
Su luz la una, su belleza el otro,  
Y ni libres mancebos me atraían,

Y nunca, donde á ellos, me veían,  
Nunca del mal en el florido potro.

¡De tu familia soy! que muy tempranos  
Oí los sonos de tu voz divina,  
Y tú has dicho: "Los que oyen mi doctrina,  
Esos mi madre son y mis hermanos!"

Y fué tuyo mi hogar, en él reinabas,  
Era tu santa ley su ley suprema,  
Tu nombre el talismán, con que mudabas  
Las penas en placer, y sofocabas  
La contraria pasión, que el pecho quema.

Mi madre en adorarte reverente  
Ha cifrado su goce y su ventura,  
Y mi padre en tus templos con fé pura  
No rehusa inclinar la honrada frente.

De seis hermanos, que á ceñir vinimos  
De frutos el amor, con que se unieron,  
Al santuario los tres nos acogimos,  
Y dos al cielo remontarse vimos,  
Que á Tí sus alas al nacer tendieron.

Y de su vida en la feliz mañana,  
Abandonando su mansión grosera,  
A tu sepulcro plácida y lijera,  
Con santo amor se dirigió mi hermana.

Y fué veloz como las tres Marías,  
De su virtud el oloroso ungiendo,  
Sus lágrimas y escasas alegrías,  
Su pronta muerte y fieras agonías  
Solicita llevando al monumento.

¡Eres nuestro! Señor: me levantaste  
Otro día del polvo del camino,  
Y diste en tu diadema de oro fino  
A la vil piedrecilla rico engaste.

Ni por Tí renunciar al goce breve,

Que el mundo brinda, me importó un tesoro;  
 ¿Qué le importa al naranjo, en aura leve  
 Que caiga muerto el azahar de nieve,  
 Si le ha de suceder el fruto de oro?

Me presentaste el incensario luego,  
 Que hilos de humo estaba devanando,  
 Las sacras vestiduras rutilando  
 Y tu sublime corazón de fuego.

“Ven, me dijiste, ven á mis altares;  
 Sacerdote serás; blando es mi yugo,  
 Te has de teñir de Bosra en los lagares  
 Y beberás al són de mis cantares  
 De los viñedos de Sarón el jugo.”

Vine, Señor. Y ¿cual será mi suerte  
 Cuando la aurora de justicia luzca,  
 Y al reino del sepulcro me conduzca  
 El brazo inexorable de la Muerte?

Líbrame tú, Señor, tú que confinás  
 Al páramo de Egipto al Asmodeo,  
 Y guarda como lirio en las espinas  
 De mi sagrada castidad las finas  
 Hojas, que son mi vida y mi deseo.

Contra tí mismo, Piedra inamovible.  
 Mi sér quebranta, mi soberbia inmola,  
 Pues eres, Cristo, mi esperanza sola  
 Del mundo vil en la tormenta horrible.

Eres mi dueño: mi virtud protege;  
 Tú que á los pobres amoroso alegras,  
 De ambición el Demonio haz que se aleje  
 Y no permitas que en mi frente deje  
 El polvo inmundado de sus alas negras.

Y al desatar con ansias y entre males  
 De la materia los queridos lazos,  
 Y al trasponer con miedos eternos

De Eternidad los pálidos umbrales,  
 Rabbí divino, me hallaré en tus brazos.

Seminario de México, Julio de 1895

## A MANUEL

(En la mañana de su primera comunión.)

No tengas que ver con eso  
 justo, porque hoy he padeci-  
 do mucho su visión por él.  
 [Mat. 27, 19.]

Anoche, niño, me dormí, pensando  
 Que hoy ibas á comer al Dueño mío.  
 Y tuve un sueño (y desperté llorando)  
 De esos terribles, que me causan frío.  
 Soñé que ya eras joven y que hermoso  
 Te daba el mundo su dorada copa,  
 Y manchabas con líquido asqueroso  
 De tu alma pura la nevada ropa.  
 Soñé que por las calles arrastrabas  
 Al Nazareno en busca de placeres,  
 Y su carne á pedazos arrancabas  
 Entre cantos y risas de mujeres.  
 Y que de espinas hórrida corona  
 Tus pensamientos le clavaban fieros,  
 Y dando muerte al Cristo que perdona,  
 Gastabas, oh Manuel, años enteros.  
 Y en un corro de amigos insolentes  
 Su nombre á confesar no te atrevías,  
 E instigado por ellos, entre dientes  
 Con vergüenza ruin le escarnecías.

Del Fondo del Alma. — 4

Soñe por fin que enmedio de un torrente  
De sangre de Jesús, ya profanada,  
Rodaba tu alma misera y doliente  
Del hondo abismo á la voraz entrada.

Hijo de mi alma, no, no se realicen  
Mis ensueños de anoche; te lo pido  
Por esos labios de Jesús, que dicen  
Que habrá de ser tu corazón su nido.

Recuerda, sí, cuando Satán adusto  
Torcer al mal tus sentimientos quiera,  
Que padecí en visión por ese Justo,  
Cuando iba á ser tu comunión primera.

Agosto de 1894.

## EN MALAS REDES.

(A un amigo.)

Caro Infidel, si de mi voz comprendes  
Sincera y cariñosa los acentos,  
Detén el paso, que veloz descienes  
Cual hoja, que es ludibrio de los vientos.  
Yo nunca lo temí. ¡Tú, consagrado  
Al santo amor desde la edad primera  
Ibas á terminar arrodillado  
Al pié de una beldad, que el lodo ería?  
Desde mi estancia rústica y grosera

Percibo los rumores cada día  
Del mundo y del amor; á mi retiro,  
Que tú llamas huraño, los lamentos  
Hace llegar Cupido y el suspiro  
De las que inmola víctimas á cientos.

Y... llegó tu suspiro... yo dudoso  
Busqué en el cielo, donde estar solías,  
Oh luicero del alba esp'endoroso,  
Tu disco y... en verdad no aparecías.

En red sutil el insidioso trato  
Enmarañando fué tus alas de oro;  
Y vestido de incienso y de recato  
Va entrando Amor á saco tu tesoro.  
Y ¡apellidas aún, triste paloma,  
Espiritual amor y cortesía

Lo que tiene otro nombre en el idioma  
De la noble y honrada lira mía?

¡Tu negra vestidura, la mortaja,  
Que vistes ya, no dice que no es cierto  
Lo que te afanas por mentir en vano,  
Y que tu noble corazón es muerto  
Para los goces del amor profano?  
Abre los ojos y tu error galano  
Advierte ya, que de piedad disfrazas;  
Mira que así tu espíritu lozano  
En espinas de rosa despedazas.

¡Y tan iluso estás, que cuando imploras  
Al cielo, en la oración mezelas el llanto,  
Que al frenesí de la pasión tú lloras?  
De aquel piadoso libro en la portada,  
Que tú escribiste, halléme con espanto  
Sangre, que deja tu alma traspasada.

¡Aguas tranquilas del amor y claras,  
Que os estancais en almas escogidas,

Cuán profundas, falaces y qué raras  
De encantador azul! ¡ Aguas dormidas,  
Cuan venenosas sois! Hallaron muerte  
A millares en vos almas y vidas.  
Las hermosuras, que la tierra ofrece  
Y se pueden amar por breves días,  
No son término al alma, que apetece  
Santo raudal de eternas alegrías;  
Ni el blanco del amor: son formas bellas,  
Que van desapareciendo una por una,  
Así cual desaparecen las estrellas  
Y la cambiante luna,  
Cuando la luz del sol viene tras ellas.

Y ese sol llegará; yo espero el día,  
En que de nubes y de error desnudo  
Dios resplandezca para el alma mía.  
Esa esperanza como firme escudo  
Me defiende de erótica dolencia,  
Y el corazón refreno hasta que llegue  
El alto día, en que á beber se pegue  
De la hermosura á la infinita esencia.

Entónces sabré amar; y de olorosas  
Y no caducas celestiales rosas  
Me adornaré la sien. Sí, caro amigo,  
Y aquel mirar la esencia soberana,  
Si á Dios hace feliz ¡ qué hará conmigo?  
¡ Oh! juntos beberemos  
Las fuentes del amor, que dulce mana,  
Y en éxtasi sin fin nos dormiremos.

Y ¡ en tanto, mi Infidel! ¡ No te alecciona  
La horrible oruga, que á la luz se niega  
En la cárcel, que labra, y dormilona  
Se sacrifica en tanto que la llega  
Del tibio Abril el perfumado aliento,

En que ya libre con amor despliega  
Sus alas de oro y de zafir al viento?  
Pues abandona el trato, que avasalla,  
Labra el capullo, vuelve á tu clausura,  
Mientras que cesa la infernal batalla,  
Que en el mundo provoca la hermosura.  
No dejes que me arranque estos acentos  
El verte entre la turba de amadores,  
Que flagela Cupido, y macilentos  
Van regando con lágrimas, á cientos,  
Sus cadenas de abrojos y de flores.

Julio de 1854.

## A JOSEFINA.

.....Why would'st thou be a breeder  
of sinners?  
Shakspeare.—Hamlet

Crecida estás ¡ por Dios! No hace dos años  
Que en el jardín cazabas mariposas,  
Mientras que yo cazaba desengaños  
Del mundo en el jardín, buscando rosas.  
Y van diez primaveras olorosas  
Desde que niña te arrullé en mis brazos,  
Arreglando á tu faz de rosa leve,  
Porque no te dañasen con su nieve  
De tu ropón las ondas y los lazos.  
Y ¡ cuán mudada estás! En tí ya encuentro  
La niña que á girones se deshace